



Capítulo 431: ¡Pandora está ayudando a Alice!

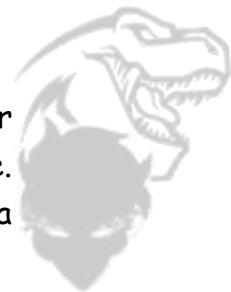
Flotando en el aire, como una deidad aburrida que desciende sobre un teatro de marionetas rotas, estaba Seris.

Majestuoso.

Frío.

Impresionante.

Su presencia no estuvo acompañada de explosiones ni truenos—no tenía por qué ser así. Fue un silencio abrumador. Un peso que hacía dudar incluso al aire. Sosteniendo su mano estaba una niña de cabello negro y ojos grandes, tímida y acobardada.



Alice.

"¿Estabas planeando destruir todo el comercio en mi reino o fue simplemente un malentendido muy costoso?" dijo Seris, con una mirada lo suficientemente fuerte como para romper el titanio.

En ese momento, todas las brujas cayeron de rodillas. Algunos temblaron. Otros murmuraron oraciones antiguas.

Excepto Morgana.



Ella permaneció de pie, mirando a Seris con una firmeza que sólo alguien que había muerto por sí misma podía sostener.

Pandora miró a Morgana por el rabillo del ojo, suspiró... y relajó los hombros.

"Está bien..." dijo ella, levantando las manos en señal de rendición, sonriendo.
"Solo quería divertirme un poco. Ha pasado un tiempo desde que tuve un oponente decente."

Se volvió hacia Vergil, con los ojos todavía brillando de adrenalina.

"¿Fue divertido para ti?" Pero Virgilio... ya no estaba allí.

Había desaparecido como humo.



Pandora parpadeó— y luego lo vio reaparecer directamente frente a Seris, ignorando por completo su presencia regente. Sus ojos rojos ahora habían vuelto a su azul intenso. Su expresión era mucho más tranquila, aunque todavía había una chispa salvaje bailando en lo más profundo de sus iris.

Él no miró a Seris.

Sus ojos se dirigieron directamente a Alice.

Los ojos de la niña se abrieron cuando lo vio.

"¡Sí! ¡Viniste a verme!" ella exclamó, extendiendo instintivamente los brazos.



Vergil se agachó y la levantó con cuidado, como si el caos de hace minutos nunca hubiera existido. Alicia se sonrojó, avergonzada por las miradas de las docenas de brujas que la rodeaban, pero no pudo resistirse. Todo lo contrario.

La colocó ligeramente sobre su espalda.

"Sube, pequeña", dijo, y ella sonrió, aferrándose a él como una mochila viviente.

La imagen era... surrealista.

El Rey Demonio, recién salido de una batalla que casi había destruido la plaza central de las brujas', ahora caminaba tranquilamente con una niña sobre su espalda como si fueran a comprar pan.

Pandora los observó con los ojos medio cerrados, los brazos cruzados y una ceja arqueada. "...Está bien. Tengo preguntas."

Vergil dejó de caminar y giró ligeramente su rostro, lo suficiente como para mirarla de lado.

"¿Cuál es tu relación con este niño?" ella preguntó, señalando con la barbill a Alice.

Él se encogió de hombros. "La salvé."

"... ¿Eso es todo?" Pandora continuó sospechando.

Antes de que pudiera responder, Alice lo interrumpió con la dulzura de una bomba nuclear cubierta de azúcar.



"¡Él es mi papá!"

Pandora se congeló.

Literalmente.

Sus ojos brillaban con una estática mágica contenida, como si hubiera sufrido un fallo momentáneo. Poco a poco volvió su rostro hacia Seris, buscando alguna explicación, alguna lógica, algún ancla en medio de la locura.

Seris, como siempre, se mostró impasible. Simplemente se encogió de hombros con la ligereza de alguien que rechaza la responsabilidad con elegancia real.

"¿Me estás diciendo," comenzó Pandora, con la voz demasiado controlada, "que todo este tiempo... he estado ayudando a la hija de un Rey Demonio?"



Seris cruzó los brazos.

"Te dije que ella era una bruja demonio. Te involucraste porque querías. No oculté nada."

"¡Omitiste todo!" Pandora replicó, con los ojos parpadeando. ¡La bruja demonio podría significar cualquier cosa! Un pequeño contrato con un espíritu menor, un bautismo infernal... ¡no "la hija de un capirotão real"!

Seris levantó una ceja.



"Eres Pandora. Un ser mágico puro, creado por las manos de Hefesto. Pensé que nada te intimidaba."

Pandora cerró la boca. Ella respiró profundamente. Ella exhaló. "...tocar."

Virgilio, todavía con Alicia de espaldas, finalmente se giró por completo y se enfrentó a Pandora. Sus ojos estaban más tranquilos, pero no menos intensos.

"¿Y qué estás haciendo exactamente aquí, ¿qué está haciendo ella aquí?"

Antes de que pudiera responder, Seris descendió unos metros más, quedando parada al mismo nivel que ellos. Su presencia todavía era como un océano en calma—vasto, pacífico y peligroso.

"La traje", dijo Seris.

Vergil levantó una ceja.

"¿Por qué?"

"Alice no es un humano común y corriente. Es un híbrido raro, con rasgos demoníacos y mágicos perfectamente entrelazados. Ningún mago común podría entender cómo funciona su cuerpo. Así que traje lo mejor."

Pandora resopló. "¿Mejor? Dices eso como si no fuera obvio."

Virgilio la observó durante unos segundos. Luego suspiró. Luego se inclinó ligeramente, "Gracias por cuidar al pequeño", dijo.



Silencio.

Fue la única respuesta de Pandora durante uno, dos, tres latidos del corazón —demasiado tiempo para alguien que solía medir el mundo en frenéticas ráfagas de adrenalina.

La gratitud de Virgilio, tan simple y directa, atravesó su arrogancia como una fina espada: no habló ni con desafío ni con burla; habló con genuina gratitud.

La diosa niña, hecha de cristal y pecado, parpadeó dos veces.

Sus mejillas, tan pálidas que brillaban bajo la luz de los anillos flotantes de Salem, estaban teñidas de un suave rubor, casi imperceptible para cualquiera que no supiera buscarlo. La serpiente de luz alrededor de su cuello levantó la cabeza, curiosa: era raro ver a Pandora perder la compostura.



"II..." Su voz flaqueó por un momento, luego se reanudó, más baja, casi irritada consigo misma. "No hice nada especial. Fue... investigación de campo." Su barbilla se levantó en un esfuerzo por recuperar su altivez. "Cualquier arqueólogo decente haría lo mismo."

Alicia, sentada sobre la espalda de Virgilio, se inclinó y agitó una de sus pequeñas manos, como para alejar una nube imaginaria.

"Gracias, tía Pandora", dijo con una sonrisa que derretiría las paredes de cualquier corazón. "¡Me enseñaste el truco del cristal de mariposa!"

Pandora se aclaró la garganta, fingiendo examinar sus propias uñas —cubiertas de micro runas talladas en diamantes—, pero el rubor solo empeoró. Algunas brujas que aún se escondían detrás de tiendas retorcidas



intercambiaron miradas sorprendidas: ver Pandora sin sarcasmo era más raro que un doble eclipse.

"Hmph. No fue nada." Ella chasqueó los dedos; un pequeño origami de luz tomó forma, girando hasta que aterrizó en la nariz de Alice, quien se rió. Simplemente... mantén la postura de conjuración, o se te peinará en el cabello.

Morgana observó la escena con los brazos cruzados y un brillo divertido en los ojos.

Seris, por su parte, sonreía de esa manera enigmática que durante siglos había hecho imposible distinguir la ternura del cálculo. Vio, en la breve timidez de Pandora, una confirmación silenciosa: la muchacha de Hefesto había aceptado la tarea.

Vergil se enderezó y acarició el pie de Alice detrás de su cuello.

"Ya sea 'investigación' o no, te lo debo." Sus ojos se encontraron con los de Pandora, firmes, sin ninguna amenaza —sólo una promesa implícita de reciprocidad. "Si necesitas algo, házmelo saber."

Pandora abrió la boca... y la volvió a cerrar. En lugar de responder, miró hacia otro lado, hacia algún punto del cielo agrietado, tratando de recuperar su antiguo aire de superioridad. Pero la ligereza que brillaba en sus ojos decía más que cualquier risa cristalina:

Ella había disfrutado escuchando eso "gracias."

Y aunque nadie habló en voz alta, todos lo sabían: la batalla había terminado—no por miedo, ni por orden real, sino porque, en las extrañas matemáticas que



gobiernan a los monstruos y prodigios, el respeto sincero vale más que cien explosiones de aura.

A su alrededor, las brujas comenzaron a levantarse, todavía temblando. El mercado olía a humo de poción y a polvo de cristal roto, pero por primera vez en minutos no hubo gritos — solo suspiros aliviados... y un murmullo colectivo:

"Tal vez... sólo tal vez... este nuevo Rey Demonio no sea tan terrible después de todo."

Pandora lo escuchó. Ella sonrió levemente, ocultando otro rubor.

